



ley y los asesinatos en nombre de la república. El duque de Chartres tuvo que abandonar el ejército y refugiarse en Suiza, porque ya en esa época para ser un verdadero liberal y patriota, era necesario enviar á la guillotina no solo á los amigos, sino á los parientes mas cercanos. Llevó en su compañía á su hermana Adelaida, después tía de la reina de Bélgica, y á su maestra Estefanía de San Aubin, la que á su muerte dejó escritos mas de 80 tomos y una reputacion literaria con el nombre de la condesa de Génlis.

Descubierto su asilo en Suiza, donde ejerció cerca de un año la profesion de catedrático en el colegio de Reichenau, partió para Hamburgo. De esta ciudad pasó á Dinamarca, Noruega y Laponia, hasta que finalmente regresó á Hamburgo, donde se embarcó para los Estados Unidos del Norte. Entónces esa república, que acababa de conquistar la independencia, era un país poco poblado, los caminos estaban desiertos ó intransitables, los rios con unos cuantos botes, los grandes lagos surcados únicamente por las canoas de mimbre de los indígenas que habitaban las islas y los bosques salvages y primitivos del Estado de Nueva-York.

El duque de Orleans, pues ya habia heredado este título por la muerte de su padre, asistió á ese gran acto de la vida pública de Washington, el cual, despues de haber conquistado la independen-

cia y reunido y dominado por el talento, por la constancia y por la virtud, tantas y tan diversas poblaciones de diferentes comuniones políticas y religiosas, entregaba á John Adams una nacion formada, y se retiraba sencilla y tranquilamente á su casa de campo de Mount Vernon, en las orillas del rio Potomac.

El duque de Orleans emprendió un viaje por los Estados del Oeste, y dilató cosa de cuatro meses en recorrer de Búfalo á Pittsburg, durmiendo mas de catorce noches en los bosques, teniendo necesidad de llevar sus alimentos en la grupa del caballo, y encontrando de vez en cuando en lugar de hoteles, chozas miserables llenas de humo, donde el mejor alimento era un pedazo de carne seca.

Pues bien, ese mismo duque de Orleans, vió durante sus aventuras y su reinado, desarrollarse prodigiosamente la civilizacion de ese país que habia visitado, y cuando subió al trono de Francia, uno de los mas antiguos del mundo, el solo Estado de Nueva-York, donde encontró á los indios *Senecas*, tenia acaso mas caminos de fierro, mas buques mercantes, mas canales y mas vapores quizá que toda la Francia. Estas maravillas pasan desapercibidas entre los contemporáneos; pero de aquí á dos ó tres siglos nuestros descendientes han de creer que hemos referido una fábula.

De los Estados Unidos del Norte, el duque de Orleans se embarcó para la Habana; pero como

las autoridades españolas le notificaron que ni él ni sus hermanos podían residir allí, pasaron á las islas Bahamas, de allí á Nueva-York, y de Nueva-York á Inglaterra, á ese país hospitalario, donde desde hace muchos años encuentran libertad y seguridad los desterrados y los perseguidos. Cuando la abdicacion de Carlos X, el duque de Orleans con el nombre de Luis Felipe subió al trono de Francia, en el cual permaneció diez y ocho años.

A costa de muchos millones de pesos construyó las grandes fortificaciones de Paris, y con el gasto de una suma quizá mayor, y el sacrificio de muchas vidas conquistó la Argelia, conquista no concluida todavía, y que no podrá terminar sino con la destruccion completa de esa multitud de tribus árabes, quietas un mes y sublevadas al siguiente. Para formar la reputacion militar en uno de sus hijos, lo mandó á bombardear el castillo de Ulúa, y tomar la plaza de Veracruz, hazaña que con el auxilio de buenos escritores y del pincel de Horacio Vernet, se ha juzgado ser uno de los hechos de armas mas señalados de la historia moderna.

Luis Felipe, que comenzó por ser el príncipe mas pobre en Europa, y que él mismo limpiaba sus botas, cosa que han hecho tambien Napoleon y otros hombres muy célebres, concluyó por ser quizá el primer propietario del mundo.

En 1848 comenzó la revolucion por la prensa, siguió por la palabra en los cafés y en los boule-

vards, continuó por los banquetes en las grandes fondas de Paris, y concluyó con la defecion de la tropa, que se dejó insultar y apedrear del pueblo, hasta que la obligó á fraternizar, fugándose el rey y toda su familia, sin haber tenido el valor de hacerse matar á la cabeza de un regimiento, ó esperar tranquila y dignamente en el salon de su palacio la suerte que hubieran querido depararle los periodistas que se apoderaron de los ministerios y de los puestos públicos.

Luis Felipe, en calidad de hombre privado, fué toda su vida sufrido en la adversidad, constante en el trabajo, esacto en el cumplimiento de sus obligaciones, y escelente padre de familia. Educó á sus hijos en los colegios y academias públicas, y concluida su educacion, los dedicó á la marina y al ejército.

El duque de Nemours se distingió en la toma de Constantina, y dejó bien puesto el nombre de su familia, como su padre lo habia dejado años antes en la batalla de Valmy. El príncipe de Joinville cruzó largo tiempo en los mares como cualquiera de los simples comandantes de la marina francesa. El duque de Aumale sirvió en el ejército, sujetándose á las mismas fatigas que el último de los soldados.

Luis Felipe como rey, gobernó con talento, y la prueba mas patente que puede darse de ello, es que

dominó diez y ocho años el carácter naturalmente voluble del pueblo francés, que no se contentó mucho tiempo con el papel espléndido y brillante que le hizo representar en el mundo Napoleon el Grande.

Mas cuando la fortuna se cansa de favorecer á los hombres, ó la Providencia quiere cambiar el destino de las naciones, las mas acertadas combinaciones fallan, y los mas poderosos recursos son estériles. Así, Luis Felipe, á la hora que sonó el fin de su reinado, se vió precisado à esconderse y refugiarse en un país estranero, sin que le sirvieran para sostenerse un minuto mas en el poder, ni las fuerzas de los ejércitos disciplinados y valientes que lo rodeaban, ni los talentos de los hombres de Estado que estaban junto á su trono.

El fin de la monarquía francesa fué uno de los sucesos mas raros é inesperados que puedan registrarse en la historia, y del cual se dudó por muchos dias aun en la Francia misma. Durante el reinado de Luis Felipe su gobierno conservó la paz y la armonía con los gobiernos fuertes, y usó de su poder con los débiles.

Contra las Américas y contra México especialmente tenia prevenciones muy desfavorables. De estas era natural que participasen sus ministros; así es que ninguna cuestion de las que tuvo México se decidió no solo en justicia, pero ni aun con imparcialidad, y la prueba es que el bloqueo de los

puertos y bombardeo del castillo fué en los años de 37 y 38, y catorce ó quince años despues fué cuando se hizo la distribucion entre los reclamantes, del dinero que pagó México, habiéndose desechado muchas peticiones por haberle parecido al mismo gobierno francés sumamente esageradas é injustas.

Era el rey grueso, de alta estatura y de facciones muy pronunciadas, por no decir toscas. Su busto tenia, si se quiere, algo de romano; pero nada de simpático, ni de agradable. Cuando se le veía entre la multitud, su figura llamaba la atención, pero no se adivinaba que era un rey; se le creía simplemente un rico banquero. Regularmente la historia no se ocupa mucho de aquellos reinados pacíficos y tranquilos, durante los cuales en medio del silencio y sin el ruido de las cajas de guerra y del estruendo de los cañones, los hombres, la naturaleza y las artes se desarrollan, se fortifican, y reparan la fuerza que han consumido durante las guerras civiles ó estrangeras.

Así, se vé à la vez, crecer frondoso el árbol de la campiña y vivir feliz y debajo de su sombra á la familia del labrador á quien en otro tiempo se arrancaba de su hogar doméstico para llevarlo à perecer entre las nieves de Eylau ó en las aguas del Beresina. A poca distancia del palacio se levanta la fábrica donde la industria ejerce sus adelantos, y al lado de esa fábrica, tal vez se halla la casa de campo del hombre científico ó del literato

que oculto allí por un momento prepara una carrera de gloria para el nombre de su patria.

Así fue el reinado de Luis Felipe. Diez y ocho años dejó á los labradores tranquilos, á los literatos entregados á sus meditaciones, á los artistas estudiando la naturaleza, á los filósofos con sus teorías, y á los sábios con sus indagaciones; en una palabra, á la Francia toda quieta, feliz y rica; pero á la Francia, como á nosotros, le cansa y le fastidia todo gobierno y le es necesario de tiempo en tiempo mudar de amo y de señor, y solamente así se explica por qué ese pueblo francés pagó el beneficio de diez y ocho años de paz con arrojar lodo y piedras á las tropas del rey, con lanzarlo de su palacio, con proscribir á una familia virtuosa y con dejar morir al soberano en un país estrangero, sin el cetro, sin la corona y sin el manto real de San Luis y de Francisco I.

La historia imparcial mirará el reinado de Luis Felipe como el reinado de la inteligencia. Durante él, han florecido Alejandro Dumas y Victor Hugo, los padres del drama moderno; Balzac y Federico Soulié, los padres del romance filosófico; Andral, Velpau y Louis, los maestros de la medicina; Orfila y Dumas, los grandes aplicadores de la química; Lamartine y Chateaubriand, los cantores de la religion; Guizot y Thiers, los historiadores; Horacio y José Vernet, los pintores de la historia. Cuando durante un reinado nacen, florecen y muer-

ren esta clase de inteligencias y esta serie de hombres ilustres, ese reinado no puede quedar oscuro ni confundido, sino que debe ocupar en la historia una página luminosa é imperecedera, que leerán siempre las naciones venideras con asombro y con interés.

El lector verá que antes de llegar á Lóndres era necesario detenerse un momento delante del palacio de Claremont y recordar, aunque rápidamente, la vida del rey destronado y del ilustre aventurero á quien su fortuna condujo desde la revolucion francesa hasta los hielos de Laponia, y desde la morada humilde de Washington hasta el elevado trono de Francia.

Así lo hice yo y vagué largo rato por aquellos jardines; descansé á la sombra de los árboles del parque y al tiempo de retirarme detras de una de aquellas vidrieras limpias y elegantes, ví por un momento la fisonomía del rey, pálida por la enfermedad que ya experimentaba y un poco tirste y sombría por la desgracia y el destierro. Pasó el rey, y detras de la vidriera cayó una cortina de brocado. Pasó para la tumba y para la eternidad.

Dos ó tres meses despues, segun recuerdo, al subir en Edimburgo al monumento elevado en una colina, á la memoria de Nelson, encontré una señora modestamente vestida de luto. Era anciana, pero se conocia que en su juventud habia sido una de las fisonomías mas frescas y amables, me in-

cliné respetuosamente para dejarla subir; pero mirando que un jóven, tambien vestido de luto que le acompañaba se habia quedado atras, me aventuré tímidamente á ofrecerle el brazo. Lo aceptó, y no sin mucha fatiga subió la primera escalera, adonde en breve la alcanzó su compañero.

Saludé y me retiré, continuando mi ascension hasta el último cuerpo de la torre.

Cuando bajé, los dos viageros habian ya desaparecido; pero movido por la curiosidad registré el libro en que el inspector del monumento hace que inscriban sus nombres los viageros que lo visitan y encontré los nombres siguientes:

“María Amelia, reina de Francia. El duque de Aumale.”

Tengo muy presente la venerable fisonomía de la viuda de Luis Felipe; pero no puedo ni aun recordar la de su hijo, pues apenas le ví un minuto, sin fijar la atencion en él.

Cuando volví algunos meses despues á pasar para Southampton, el castillo de Claremont estaba desierto y Luis Napoleon con un competidor menos habia subido á la Presidencia y ponía el pié en las gradas del trono imperial.

## VI.

## EL PALACIO DE CRISTAL.

Volví á la estacion del camino de fierro, preocupado con la aparicion de ese general sin soldados y de ese viejo rey sin trono que habia sido actor y testigo de los sucesos mas grandes y mas notables de fines del siglo XVIII y del siglo XIX. En su juventud visitó los bosques de América, donde vivian diseminados, luchando todavía contra las tribus salvages, apenas tres millones de habitantes, y á su muerte dejaba esas colonias de puritanos transformadas en una nacion con veinte y seis millones de habitantes, con la primera marina mercante del mundo y con un rango superior en la política y en el comercio, al de muchas de las mas antiguas monarquías de Europa.

Luis Felipe habia visto pasar la república y sus demagogos, la dictadura y sus generales, el impe-